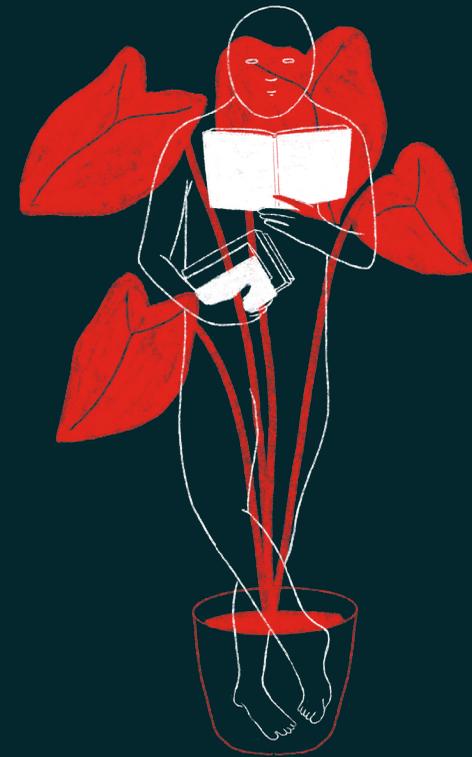


CAPÍTULO VII

UNA EXPERIENCIA ÚTIL PARA TIEMPOS DIFÍCILES

Una experiencia útil para tiempos difíciles



Dálida Villa

Aprendí que los seres humanos merecemos la oportunidad de reparar los estragos que hemos causado en el pasado. Lo supe después de vivir parte de mi infancia a la espera del momento en que pudiera recuperar a mi padre que se había extraviado en la adicción al licor. Cuando vi que era posible y que, en efecto, llegó el día en que él pudo salir de su alcoholismo, pensé que habría futuro para mi familia y que todo el mundo debería tener derecho a rehacer su vida. Cuando era niña, mis padres me contaban historias de los años que conocemos como la Violencia de liberales y conservadores y yo veía que esas historias se repetían con otros protagonistas, esta vez no eran los liberales y los conservadores, sino las guerrillas y los grupos paramilitares. ¿Habría para ellos también una nueva oportunidad?

Unos años atrás

El conflicto colombiano, al que la gente del común prefería llamar *guerra*, a secas, sin eufemismos, ya había tenido experiencias de desarmes y reincorporaciones. El caso del M-19, en 1990, era el más reciente ejemplo de cómo un grupo político-militar dejaba las armas y lograba participar en las decisiones del país. Recordemos que Antonio Navarro Wolff, uno de los dirigentes de esta organización, integró el trío que presidió la Asamblea Nacional Constituyente en 1991. Otros intentos no habían terminado bien y se sumaban a episodios perdidos en la memoria colectiva de los años de la Violencia liberal-conservadora.

En 2003, unas agrupaciones paramilitares se reunieron para hacer entrega oficial de sus armas. Era una nueva oportunidad para aprender de los errores de años pasados y lograr que participaran, además del Gobierno nacional, los gobiernos locales de Medellín y Antioquia, el sector privado y otros actores sociales y religiosos. Ese año marcó el comienzo de un proceso

en el que se involucraron varios de los actores del conflicto y que más adelante empezaría a dar frutos.

En 2005, las noticias tristes que daban cuenta de los horrores de la violencia seguían ocupando los principales lugares en la prensa. La masacre de San José de Apartadó, ocurrida el 21 de febrero de ese año, marcó para siempre la vida de esa comunidad y fue el sonido de alarma para que los colombianos nos preguntáramos para dónde iba Colombia. Se trataba de la muerte de ocho personas, entre las cuales había cuatro menores de edad. Una de las víctimas fue el líder de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, Luis Eduardo Guerra, encargado de las negociaciones con el Estado para que la población no se convirtiera en objetivo militar de alguno de los bandos de la confrontación.

Y mientras ocurría esta tragedia en Urabá, otro país parecía vivir indiferente al drama de las víctimas de siempre. El periódico *Portafolio* publicaba algunos datos del buen momento de la economía que vendría para Colombia en esos mismos meses de 2005. Dijo que la inversión extranjera directa había crecido un 54 % con relación al primer semestre de 2004 y preveía una meta de cuatro mil millones de dólares para el futuro inmediato.

Cifras sorprendentes, si se tiene en cuenta que los desplazamientos en el campo continuaban a pesar de la desmovilización de tres bloques de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC): Cacique Nutibara, Bananero y Héroes de Granada. En total sumaban 2.500 personas que debían insertarse en la sociedad, especialmente en Medellín, una ciudad duramente golpeada por la violencia del narcotráfico y que acababa de sufrir el impacto de la Operación Orión en la comuna 13, de la cual todavía quedan cicatrices profundas.

Sueños de paz

La reincorporación de paramilitares en 2003 produjo la reacción de un grupo de empresas. Entendieron la necesidad de crear un puente entre las personas que dejaban la guerra para integrarse a la sociedad y a la comunidad que las recibiría. Así se creó Alianza Soluciones, un sueño hecho realidad que nació del deseo genuino de ayudar y servir a una sociedad estremecida por la experiencia de muchos años de un conflicto que todavía no terminaba.

Desde nuestros comienzos, el propósito de Alianza Soluciones ha sido sanar y perdonar. Era necesario que alguien decidiera dar el primer paso que les ofrecería opciones de vida a las generaciones que sobrevivieron a la tragedia de nuestro pasado nacional. Las historias de vida de las personas que iniciaron con nosotros en Soluciones, y las de quienes siguen llegando, nos han permitido ver la construcción de paz como un acto posible que necesita una visión integral del ser humano y de la sociedad. Cada persona que se ve tocada por esta iniciativa se siente invitada a asumir el riesgo y transformarse en un agente de paz desde la legalidad, el perdón y la confianza.

Patricia, una soñadora en busca de una nueva oportunidad

Patricia¹ tenía trece años cuando la fatalidad la llevó a dejar su vida de campesina para convertirse en parte de la guerra que ya le había arrancado la familia, la tierra y la infancia. Diez años estuvo en armas. Demasiado tiempo para su corta edad. Ella no alcanzaba a entender cómo podría terminar esa pesadilla de sangre. Solo cuando tuvo a su hijo sintió que debía

¹ Nombre ficticio para proteger la identidad de la protagonista.

buscar para él una salida que le permitiera vivir, crecer y educarse como cualquier otro ciudadano del país. Patricia pasó muchas noches despierta en la selva imaginándose como una mujer trabajadora que es aceptada por la sociedad.

La reincorporación a la vida civil del grupo armado al que pertenecía fue el comienzo de un camino que ella se había empeñado en seguir. Tantos años en el ruido de las balas le habían empezado a menguar su fe en un futuro para ella y su familia. Pero Patricia es una soñadora, y los soñadores siempre encuentran cómo hacer realidad sus anhelos. Después de dos años de estar estudiando la primaria, y cuando ya empezaba el bachillerato, llegó al programa Alianza Soluciones. La empresa Sodexo le abrió sus puertas, le ofreció capacitaciones, un empleo digno, un presente y un futuro. Y Patricia, la soñadora, aceptó el reto.

No hay dudas de que para ella debió ser un desafío acomodarse a la disciplina empresarial. Tuvo que adaptarse a la vida laboral, entender las rutinas de trabajo, cumplir horarios, aprender a hacer la limpieza de manera especializada, llevar limpio el uniforme cada día y en buen estado. Pero lo más complicado para Patricia fue aprender a relacionarse, aprender a escuchar sin molestarse cuando le llamaban la atención, ser consciente de sus emociones, dejar de sentir que los demás la estaban juzgando por su pasado.

Patricia superó todos los inconvenientes que tuvo en un comienzo. Terminó el bachillerato y luego estudió una carrera técnica que le ha permitido mejorar sus ingresos y su calidad de vida. Verla hoy trabajando al ritmo de la Colombia que avanza sin pausa, con objetivos claros para su familia, es una gran inspiración para quienes hemos creído en el programa Alianza Soluciones.

Como Patricia, la soñadora, hay muchos otros casos que han salido adelante. Es inevitable que al mirar atrás veamos aque-

llos rostros de incertidumbre y desconfianza del comienzo. Empresarios y reincorporados reflejaban sus dudas y sus miedos. Esos mismos rostros se han transformado a lo largo de estos quince años y cada vez es más fácil hablar con el sector privado de nuestro papel y del compromiso de Soluciones. El tiempo y la seriedad con la que hemos asumido nuestra tarea en la historia contemporánea de Colombia han llevado a los empresarios a seguir creyendo en las oportunidades de construir un país nuevo y prometedor.

Constructores de Soluciones

Tocar las puertas del sector privado para invitar a los empresarios a participar en Soluciones nos recordó, y nos sigue recordando, lo esencial de la existencia, es decir, qué clase de seres humanos somos y qué buscamos en nuestras vidas. Cómo nuestra historia personal nos determina como actores activos en una empresa y cómo las dinámicas establecidas en las políticas y en los principios fundamentales de las organizaciones se pueden alinear para tener una mirada abierta a la experiencia de la inclusión y la diversidad. Estas preguntas se convierten en factores definitivos a la hora de entender la importancia de apoyar a las personas que están en proceso de reintegración y reincorporación. Para Soluciones ha sido fundamental exponer en múltiples escenarios y de manera detallada nuestra forma de trabajar, los resultados obtenidos en la transformación de las personas que ingresan al programa y conectar estos logros con el propósito superior de nuestras organizaciones en desarrollo sostenible, derechos humanos y cooperación internacional.

La experiencia nos ha enseñado que las dificultades que se nos presentan cada vez que llegamos a una empresa terminan por convertirse en aprendizajes del comportamiento de los seres humanos. Muchas veces, cuando a un jefe se le pide incluir en

su grupo de trabajo a alguna de las personas del programa, muestra, al principio, resistencia a aceptar a quienes estuvieron por fuera de la ley en el pasado, pero, por lo general, al comprender la situación, ese jefe pasa la página y asume su papel de líder. Por eso, quienes han pasado durante todos estos años por Soluciones son la fuente de inspiración que nos impulsa a persistir en nuestro propósito de cambio social.

Un país agradecido

Son muchas las satisfacciones que hemos tenido en estos quince años de trabajo conjunto con gente y empresas generosas que asumieron su responsabilidad histórica con la paz. SURA y sus aliados en esta esperanzadora propuesta llamada Soluciones saben que el futuro está lleno de retos, y que cada día encontraremos dificultades, pero también nuevos socios y amigos dispuestos a enfrentar obstáculos para ofrecerle a Colombia un camino hacia la reconciliación.